

# A propósito del libro de Santiago Carrillo “Eurocomunismo y Estado”\*

CONSEJO DE REDACCIÓN DE MATERIALES  
EN BARCELONA

## I

El reciente libro del secretario general del PCE, Santiago Carrillo, titulado *Eurocomunismo y estado* viene oportunamente a engrosar la ya nada despreciable lista de ensayos sobre el tema traducidos en los últimos meses del italiano o del Francés. Comparado con esos ensayos o con otros aún no traducidos, como el firmado por Jean Fabre, François Hincker y Lucien Séve,<sup>1</sup> el texto de S. C. llama la atención por la claridad y la desenvoltura con que se argumenta a favor de una vía al socialismo no contrastada positivamente, como es sabido, en parte alguna; y no sólo por eso sino también por la inusitada decisión con que se critican en

---

\* Fuente: MATERIALES, N°.4, Julio-Agosto 1977.

<sup>1</sup> *Les communistes et l'état*. Éditions Sociales, París, 1977. Para los autores de este libro el XXII Congreso del PCF no sólo ha superado la concepción de la dictadura del proletariado, sino incluso aquella contradicción histórica que hacía decir a Brecht «nosotros que quisimos preparar el terreno para un mundo amistoso, no pudimos ser amistosos».

él tanto realidades existentes habitualmente llamadas socialistas como otras opciones hoy minoritarias en el movimiento comunista de la Europa occidental.

La claridad y la eficacia de ese estilo periodístico de S. C. ha sido siempre una constante favorablemente comentada incluso por aquellos que, sin ser comunistas, han seguido con una cierta proximidad las principales aportaciones del PCE durante la clandestinidad al análisis político de la situación española e internacional, Pero la naturalidad con que se abordan temas cruciales para la revolución en occidente por parte del secretario general del PCE tiene igualmente una explicación que, con toda probabilidad, hay que buscar en la evolución del propio movimiento comunista en su conjunto a lo largo del último lustro.

A finales de los años sesenta varios acontecimientos singulares iban a contribuir a resaltar por una parte la insuficiencia del conocimiento marxista de las realidades socioeconómicas en el ámbito mundial y, por otra, la crisis del movimiento comunista sobre todo en Europa. Entre esos acontecimientos destaca el nuevo curso del socialismo en Checoslovaquia, abortado por la intervención de los tanques del Pacto de Varsovia, la eclosión de una nueva conflictividad social en algunas de las principales metrópolis imperialistas, con el salto a la palestra de la lucha de clases de destacamentos de origen intelectual de reciente formación y la consiguiente crisis de ciertas instituciones del capitalismo imperialista, así como el desarrollo de la denominada revolución cultural china. Es sabido que la manifestación de esos acontecimientos cogió por sorpresa a los principales partidos comunistas de la Europa occidental y que, además, en varios casos, los elementos propulsores de esos hechos se orientaron resueltamente *contra* la corriente comunista mayoritaria acusándola al mismo tiempo

de estalinista y de reformista.

Desde entonces, esto es, en los últimos diez años, las varias corrientes políticamente activas en el movimiento comunista han seguido una evolución desigual y que a algunos parecerá, en cierta forma, sorprendente:

El comunismo pro-ruso ha continuado sin aportar nada sustancialmente nuevo a las intuiciones de Jruschov, inmediatamente posteriores al XX Congreso del PCUS y se ha visto obligado, en la Europa occidental, a conjugar la repetición de ciertos lugares comunes, lejanamente basados en los clásicos, con la justificación acrítica de los intereses estatales, inmediatos y a largo plazo, de un poder político que sólo por metáfora puede seguir denominándose socialista. Esa corriente ha seguido ignorando la existencia del Gulag, ha vuelto la espalda a la necesidad de analizar desde un punto de vista marxista la naturaleza del estado cuyo modelo propone y se ha encasillado en un tipo de discurso sobre la paz y el socialismo cuya fundamentación última, implícita o explícita, es el poderío militar de la Unión Soviética. Argumento de peso, por lo demás.

El comunismo pro-chino, pujante a finales de los años sesenta sobre la base de una interpretación profundamente idealizada de la revolución cultural, si bien tuvo en los primeros momentos a su favor la claridad y la sencillez de una palabra nueva y la fuerza del viento del este, se ha ido enredando luego en la maraña de los hechos contradictorios con una insuficiencia analítica paradigmáticamente puesta de manifiesto en la transposición mecánica del análisis de las clases sociales en China, realizado por el presidente Mao a principios de siglo, a unas realidades muy distintas como eran las francesas, italianas, españolas o centroeuropeas. Obligadas también a la justificación de los sensi-

bles giros de la política exterior e interior china, las más representativas corrientes maoístas de Europa han acabado por aceptar el esquema del viejo comunismo ruso que empezaron criticando para oscilar entre el populismo y el tacticismo.

El trotskismo no ha podido evitar el seguir debatiéndose entre el constante fraccionarse, la ampliación de las consideraciones de Trotsky sobre la naturaleza del estado de la URSS, el mantenimiento a ultranza de los principios y una cierta lucidez para captar la punta revolucionaria de los movimientos minoritarios nuevos que preludia el próximo enzarzarse en el inacabable problema de la organización y la reorganización (cuando no se limita a la formación de comités para la defensa de los intelectuales represaliados en el Este de Europa con patente y sospechoso olvido de tantas otras represiones y asesinatos políticos como se suceden en el área del capitalismo).

Los grupúsculos comunistas del Sesenta y Ocho, en fin, han ido descubriendo la insuficiencia del espontaneísmo y, con ello, la importancia del partido, de la organización, de la dirección consciente. Descubrimiento precoz unas veces, tardía otras y casi siempre precipitado, con el que perdían al mismo tiempo aquella capacidad para captar las novedades que un día les había caracterizado. De este modo, descuidando la continuidad del análisis de las novedades presentes al que en cierto modo años atrás aportaron la intuición de la crisis del capitalismo imperialista, esos grupos se lanzaron a la explicación de la actualidad a través del pasado, a través de la historia, y, en definitiva, a la reproducción momentáneamente estéril de las polémicas de otros tiempos sobre la organización y la consciencia de clase proletaria.

Así, pues, paradójicamente, muchos de esos grupos que estuvieron en la vanguardia de las luchas en el sesenta y ocho y en el sesenta y nueve, que representaron el principio de un movimiento llamado a aportar savia nueva frente a las organizaciones tradicionales, según ellos, afectadas de senilidad, parecen haber dejado a un lado la reflexión sobre las modificaciones en la organización capitalista del trabajo, sobre la vida obrera en la fábrica, sobre la vida cotidiana en el capitalismo avanzado, sobre la dominación de los mass media, para descubrir el leninismo ortodoxo y repetir en su seno el drama de la polémica entre los rojos de la izquierda comunista y la prudencia táctica astutamente basada en los imperativos de la realidad.

En esas condiciones el espacio político de la izquierda comunista renacida en el sesenta y ocho se ha ido reduciendo progresivamente (aunque también de forma desigual según los países): el maoísmo, cuando todavía aspira a hegemonizar movimientos de masas, se ve obligado a chocar con ese duro suelo que es la constatación empírica del nivel medio de la consciencia de clase actual en los países de capitalismo avanzado y, abandonado las conclusiones sacadas del análisis de las clases por el presidente Mao, se inclina aceleradamente hacia el populismo o hacia el nacionalismo; algunos de los varios grupos trotskistas vuelven a la táctica del entrismo en los partidos socialistas o a la crítica leal de la estrategia de los PPCC; y los nuevos jóvenes universitarios que no vivieron el sesenta y ocho y sólo recuerdan de aquel año el valor abstracto de la rebelión se ven obligados a moverse entre la apatía, la resistencia desesperada, la contracultura opiácea y el fascismo. (Ni que decir tiene que lo dicho no implica ningún desprecio hacia esos grupos, sino al contrario: el mayor de los respetos por aquellos que desde esas corrientes tan distintas han luchado

o luchan en favor de la regeneración del movimiento comunista con la convicción de que incluso sus errores no serán en balde para esa tarea de regeneración.)

En cualquier caso, lo cierto es que, frente a esas otras corrientes los principales partidos comunistas de la Europa occidental han seguido su propia evolución, imperceptible unas veces, clamorosa otras, hacia una política de «reformas de estructuras», por utilizar la expresión del PCI. Pese a lo cual, pese a la crisis de la militancia revolucionaria, las insatisfacciones de los jóvenes, el escepticismo y la perplejidad de los viejos combatientes, no sólo han continuado siendo mayoritarios sino que, en líneas generales, han aumentado su influencia social debilitada en el sesenta y ocho. ¿Por qué? Porque mientras pro-rusos y maoístas quedaban presos en la justificación ideológica de modelos radicalmente rechazados por la juventud de la década pasada o se hundían en la tragedia de la lucidez sin organización o de la organización sin nada nuevo que decir, el «eurocomunismo» ha sabido adaptarse al viento que soplabá en el oeste: ha sabido transformar su propia organización en un sentido aparentemente nuevo conservando la rigidez del aparato; ha sabido recoger el reto de los jóvenes espontaneístas del sesenta y ocho haciendo un esfuerzo por volverse, con mayor o menor acierto, al análisis de las novedades aparentes; ha sabido recoger el reto de la revolución cultural maoísta rechazando al mismo tiempo con prudencia las implicaciones de manipulación de masas que la falta de maduración de la base material de la sociedad china podía implicar en aquélla; ha sabido, en fin, recoger el reto trotskista del análisis de la naturaleza del estado ruso, avanzando sí con suma cautela, pero yendo en ese sentido incluso más allá que algunos de los mismos grupos trotskistas. Podría decirse, pues, simplificando, que la

evolución de algunos de los partidos comunistas durante este lustro ha dejado al descubierto el flanco débil de pro-rusos, maoístas, trotskistas y otros grupos tomando varios de los caballos de batalla de esas corrientes e integrándolos en una concepción global propia. Por eso no puede extrañar tampoco el que la incipiente oposición surgida en los últimos tiempos en Polonia, Hungría, la RDA o la misma URSS vuelva los ojos con esperanza hacia lo que los periodistas occidentales llaman «eurocomunismo». Si esta concepción es adecuada o no para hacer la revolución socialista en occidente es algo que habrá que ver con más detenimiento; pero no constatar previamente esos hechos sería negarse a ver la realidad y, con ello, alimentar oscuras cuando no torpes ilusiones.

## II

La consciencia de esa situación y de la correlación de fuerzas que implica es seguramente el principal factor explicativo de la desventura con que escribe S. C. o del equilibrio sin crispaciones con el que, pese a la gravedad de los hechos que va a haber que afrontar en el próximo futuro, suelen argumentar los principales dirigentes de la corriente comunista mayoritaria en Italia o en Francia. Por ello, frente a esa realidad —no hay que olvidarlo— el insulto irrefrenable contra la moderación y el reformismo resulta casi tan ineficaz como el vano parloteo del marxismo académico.<sup>2</sup> Teniendo en cuenta ese contexto es

---

2 La anécdota del encuentro Baran/Togliatti en 1960 sigue siendo sumamente aleccionadora: «Durante su estancia en Roma [Baran había sostenido una larga discusión (en ruso) con Togliatti, diri-

relativamente fácil explicar por qué las pocas páginas polémicas de *Eurocomunismo y estado* o las aún más escasas líneas defensivas desperdigadas a lo largo del libro («decir esto [a saber, que la URSS no es una democracia obrera] puede ser considerado por algunos camaradas que se resisten a confesar la verdad como un crimen de lesa internacionalismo», etc.) están dirigidas a corroer los argumentos de los todavía defensores del modelo ruso de sociedad, Eso es así, muy probablemente, no tanto por el peso teórico de los argumentos propios de la corriente comunista prosoviética o por la importancia numérica que en el momento actual esa corriente pueda tener en la Europa occidental, cuanto por una razón más elemental pero de mayor significación que las anteriores: por el potencial desarrollo que a esa fracción del movimiento comunista confiere el razonamiento de última instancia en el cual se apoya, esto es, el poderío militar y económico de la Unión Soviética y del llamado campo socialista. Pues solamente dentro de esas coordenadas resulta inteligible la desproporción que en el discurso de S. C. hay entre el tratamiento de otras opciones a la izquierda del PCE y el obsesivo volver una y otra vez sobre los errores objetivos y subjetivos de la ex-

---

gente del PC italiano. Las preguntas de Baran traslucían su escepticismo en cuanto a la compatibilidad entre la táctica electoral y parlamentaria del PC italiano y la teoría marxistaleninista del estado y la revolución. Togliatti le respondió con otra pregunta. Es fácil hablar de revolución cuando se vive en los Estados Unidos, donde no existe ningún partido obrero de importancia, dijo Togliatti. ¿Pero qué haría usted si estuviera en mi lugar, si fuera responsable de un partido de masas al que los obreros confían la representación de sus intereses aquí y ahora? Baran se reconoció incapaz de ofrecerle una respuesta satisfactoria» (en P. M. Sweezy/Magdoff, «El nuevo reformismo», Revista Mensual/ Monthly Review, n.º 1, Barcelona, 1977, pág. 31).



perencia rusa. En este sentido es, por ejemplo, notable el contraste que puede observarse entre la dura, pero elaborada y matizada, crítica de la «dictadura del proletariado» en la URSS y la rápida e incluso simplista liquidación de la tesis del gobierno obrero y campesino como alternativa a la crisis en los países de capitalismo avanzado.<sup>3</sup> De todas formas, e independientemente de las motivaciones tácticas del pensamiento político actual de S. C., no cabe duda de que la reflexión sobre los condicionamientos iniciales de la revolución rusa y, más en general, sobre el curso imprevisto que la emancipación del proletariado ha seguido y está siguiendo desde la muerte de Marx y de Engels, así como las consideraciones dedicadas al estado soviético que hoy conocemos, constituyen uno de los aspectos más sugerentes de *Eurocomunismo y estado*. Sugerente es, por ejemplo, esta conceptualización general de la contradicción histórica entre desarrollo de la lucha de clases y maduración de la base material de las sociedades para el cambio: «En la historia hay ocasiones en que el auge de la lucha de clases permite dar saltos momentáneos que van más allá del grado de desarrollo de los medios de producción, pero, en definitiva, este último componente vuelve a recuperar su peso y puede desequilibrar, alterar, poner en cuestión hasta cierto punto, los saltos dados en un momento estelar de la lucha de clases» (pág. 19). O esta caracterización del estado soviético, tímida en la forma, pero insospechada en un secretario general de un PC hace sólo unos años: «La cuestión es si ese Estado, ya no capitalista, no es una fase intermedia entre el Estado capitalista y el estado socialista

---

3 ° El reconocimiento (aunque, sin duda, insuficientemente fundamentado tanto en el aspecto económico como en los aspectos ideológicos y culturales) de la profundidad de la crisis

auténtico como lo fueron las monarquías centralistas entre la sociedad feudal y las democracias parlamentarias capitalistas modernas; una fase que, por sus características y funciones, permitiría una explicación más objetiva y científica del fenómeno estaliniano y otros similares [...] si ese mismo estado no está exigiendo del partido y de la sociedad soviética una seria y profunda transformación para convertirse en una auténtica democracia obrera. En el tipo de Estado socialista que preveían los fundadores» (pág. 208). Consideraciones de este tipo, en un contexto en el cual S. C. se inclina abiertamente por la defensa de Lenin contra Kautsky y por la justificación de la histórica ruptura entre revolucionarios y reformistas en las primeras décadas del siglo, tienen que traer a la memoria la similitud *formal* de la argumentación que ahí se utiliza con tesis que en otros tiempos fueron propias y exclusivas de la izquierda comunista marginada de la III Internacional. Pero además de esos aspectos sugerentes hay otras aportaciones de tipo general que conviene subrayar igualmente:

1º. El reconocimiento de la todavía precaria fundamentación teórica de la llamada vía parlamentaria, pacífica y democrática al socialismo, así como la inevitabilidad de las acusaciones de “tacticismo” o “recaída en la socialdemocracia” mientras no se elabore una concepción sólida sobre la posibilidad de democratizar el aparato de estado capitalista (pág. 17).

2. La afirmación tajante, frente a los olvidos de muchos anti-revisionistas, de que al igual que ha habido a lo largo de la historia del marxismo un *revisionismo reformista* se ha dado también un *revisionismo revolucionario* en el que estuvieron implicados Marx, Engels y el propio Lenin, pues «las revoluciones proletarias se revisan a sí mismas y los revolucionarios también». De donde se concluye no sólo el derecho del marxista

consecuente, sino también la necesidad en que se halla el mismo, de revisar ciertas tesis o afirmaciones de los clásicos (págs. 23-24).

3. El reconocimiento (aunque, sin duda, insuficientemente fundamentado tanto en el aspecto económico como en los aspectos ideológicos y culturales) de la profundidad de la crisis actual del capitalismo imperialista y de sus instituciones. En este sentido se habla de «crisis moral del occidente capitalista» (pág. 47) o se sugiere, por ejemplo, que la crisis de la universidad es de tal magnitud que «una reforma profunda, que democratice la enseñanza elevando su nivel científico, su carácter crítico y pluralista, y que la abra ampliamente a las grandes masas juveniles *sólo logrará realidad plena en un régimen socialista*» (pág. 45). Y en ese mismo sentido hay que interpretar probablemente la cautela con que en los primeros capítulos de *Eurocomunismo y estado* (págs. 42 y 44) se defiende la idea de la irreversibilidad del proceso de desarrollo de la ciencia y de la tecnología en el capitalismo («salvo una catástrofe colosal que haga retroceder brutalmente a la ciencia y al progreso humano a períodos pasados...», «salvo una catástrofe nuclear...», etc.).

4. La importancia y el espacio concedidos al tema de los aparatos coercitivos del estado, a las fuerzas armadas, al problema militar y, más particularmente, a la estrategia de la OTAN en los países del área mediterránea; tema éste al que S. C. aporta datos e informaciones de actualidad, procedentes de fuentes varias, al mismo tiempo que introduce juicios históricos y prospectivos sobre la relación entre guerra y revolución sin cuyo tratamiento no es posible ni siquiera plantearse seriamente la cuestión del socialismo en los países de capitalismo tardío. A este respecto el discurso se abre con una crítica a la hipótesis según la cual es posible

proyectar hoy el socialismo en los países de capitalismo desarrollado como una respuesta del proletariado a la tercera guerra mundial, crítica por la que, después de recordar que hoy en Europa una nueva guerra sería nuclear, se traen a colación los conocidos párrafos del *Manifiesto Comunista* en los cuales se afirmaba que la historia de la lucha de clases terminó siempre «con la transformación revolucionaria de toda sociedad o *en el hundimiento de las clases en pugna*» (el subrayado es en este caso de S. C.). Y prácticamente se cierra con esta inquietante disyuntiva: *o bien* es posible la transformación de la mentalidad militar en un sentido democrático, mediante la actuación de factores distintos a la guerra, *o bien* habría que resignarse eternamente a aceptar el actual status quo político-social, dado que un nuevo conflicto bélico constituiría el suicidio de las clases sociales en pugna (pág. 83). Sobre ello habrá que volver más adelante.

### III

Esas consideraciones en torno al problema militar de la marcha hacia el socialismo en los países de la Europa occidental nos introduce ya en el meollo de la fundamentación que S. C. intenta hacer de la vía alternativa al socialismo, de la mal llamada alternativa «eurocomunista». Hay que decir en seguida que, en nuestra opinión, la parte del libro dedicada a razonar positivamente sobre las alternativas, esto es, los capítulos dedicados al «modelo de socialismo democrático», a las «raíces históricas del eurocomunismo» y a la cuestión de «la dictadura del proletariado», resulta la menos elaborada del mismo incluso formalmente. Pero antes de entrar en eso cabe añadir todavía

un par de objeciones sobre la generalidad del texto. Sorprende en éste, ya de entrada, el hecho de que el secretario general del PCE haya aceptado hasta en el título mismo ese equívoco y desorientador término de «eurocomunismo» que los dirigentes de otros partidos afines se han negado hasta ahora a utilizar como emblema de una estrategia política. Pues con esa aceptación parece volverse, aunque sea inconscientemente, a una idea reductiva de «Europa» ampliamente difundida por la propaganda norteamericana desde los días de la guerra fría. Ciertamente es que S. C. advierte con modestia que lo que ha dado en llamarse «eurocomunismo» no es todavía ni una tendencia, ni una organización, ni tan siquiera representa un programa común elaborado; pero precisamente por ese reconocimiento los argumentos empleados en favor del uso del término resultan aún más inconsistentes, ya que la preferencia del impacto publicístico por encima de la coherencia y la univocidad del concepto científico suele ser siempre mala señal, y la alusión a que «la práctica adelanta corrientemente a la teoría» (pág. 11) no puede ser en este caso sino forzado adorno insuficientemente meditado. ¿Dónde está precisamente —si las palabras significan algo— *la práctica eurocomunista*?

Un segundo detalle llama igualmente la atención en los primeros capítulos de *Eurocomunismo y estado*: la utilización de la obra de Louis Althusser en el análisis del estado propio del capitalismo maduro para llegar luego a conclusiones radicalmente contrarias a las del filósofo francés en uno de los temas centrales de la reflexión del libro, el dedicado a la cuestión de la dictadura del proletariado como poder político de transición al comunismo. En este asunto, y como S. C. ni siquiera menciona la posición contraria de Louis Althusser sobre ese rasgo característico de la estra-

tegia que él defiende, el lector se queda sin saber los motivos de preferencia del autor por la teorización althusseriana acerca de los aparatos de estado, tan discutida, por lo demás, en los últimos años.

Y, finalmente, también con respecto a la cuestión del estado, una última objeción, ésta más de fondo: al argumentar sobre la naturaleza de los cambios ocurridos en el estado capitalista desde el siglo pasado a éste, S. C. afirma, con razón, que «en otros tiempos el estado burgués liberal daba la apariencia externa de un *Estado árbitro* que mediaba entre las clases en lucha, y que cuando intervenía contra las protestas obreras, utilizando la fuerza bruta o las leyes clasistas, lo hacía en defensa no sólo de un grupo de capitalistas privilegiados, sino del conjunto de las otras capas y clases de la sociedad, de unos principios que sólo contestaba la minoría proletaria consciente» (página 31). A lo cual, para señalar la diferencia del estado actual con respecto de aquél, añade: «En cambio hoy el Estado aparece, cada vez más claramente, como el *Estado gestor* en todos los terrenos, y particularmente en el de la economía. Y como es el *Estado gestor* que no sirve ya los intereses del conjunto de la burguesía, sino de la parte de ésta que controla los grandes grupos monopolistas... ya no se enfrenta sólo, como tal Estado, con los proletarios avanzados, sino que lo hace directamente con las más amplias clases y capas sociales, incluida parte de la burguesía» (pág. 32).

Por supuesto que ha habido cambios en la organización del estado y en la articulación de estado y economía, pero no, desde luego, ese cambio de sustancia que sugiere la contraposición de los dos párrafos anteriores. Pues, en efecto, en otros tiempos el estado burgués *daba la apariencia externa* de un estado árbitro, pero no *era* eso. Una cosa es la apariencia y otra la realidad; y la realidad de aquel estado

burgués no era sino —para decirlo con las palabras de Marx y Engels en 1848— la de «un comité que administra los asuntos colectivos de toda la clase burguesa». Seguramente en ningún momento histórico concreto el estado burgués ha satisfecho los intereses de todos y cada uno de los miembros de la clase burguesa (como se ve, por ejemplo, a lo largo de las sucesivas revoluciones desde 1789 en Francia, las cuales enfrentan a fracciones opuestas de la misma burguesía) aun cuando representara y administrara *globalmente* los intereses del conjunto de esa clase; pero una de sus funciones ha sido justamente la de conciliar también en última instancia, las distintas concepciones, individuales o de grupo, respecto del presente o del futuro que existieran en el seno de la clase dominante, lo cual no disminuía un ápice de su carácter coactivo central contra las clases y capas efectivamente dominadas, particularmente contra el proletariado. Y ese sigue siendo en sustancia, frente a las apariencias, su doble función en el capitalismo imperialista.

Si se pierde de vista esa doble función del estado capitalista se corre el riesgo de generalizar apresuradamente una supuesta contraposición entre sociedad y estado por la cual, de forma contradictoria, mientras que los aparatos de estado se «socializan» aceleradamente gracias al hecho de que sus integrantes provienen cada vez más de las capas lesionadas de la sociedad, el poder estatal mismo queda en manos de los minoritarios grupos monopolistas. Y, efectivamente, ese es uno de los aspectos, si no el central, de lo que Gramsci llamaba la fase del *cerco recíproco*. Lo cual no tiene por qué implicar un uso idealizador del término «sociedad» como si ésta lo fuera todo menos los monopolios estatales, Pues en esa idealización, que es consecuencia del olvido de *la función conciliadora* del poder estatal ca-

pitalista entre las distintas fracciones de la burguesía, radica muy probablemente la principal debilidad de la llamada vía antimonopolista al socialismo y, en consecuencia, también de la hipótesis alternativa del estado de todo el pueblo o, como dicen los publicistas del PCF, del «socialisme aux couleurs de la France».

En efecto, también en el caso de SC la esquemática e idealizada contraposición estado/sociedad tiene como consecuencia la falta de solidez en la argumentación acerca del modelo alternativo, del modelo de socialismo democrático (formulación esta última, dicho sea de paso, que convendría abandonar, puesto que se ha convenido en que «socialismo sin democracia» no es propiamente socialismo). Y no es casualidad el que las páginas dedicadas en *Eurocomunismo y estado* a la democracia política y económica prevista en el programa del PCE sean de las más flojas del libro. De dichas páginas resulta que esa fase, la cual no es todavía el socialismo, se caracterizaría porque en ella el dominio del estado no estará ya en manos del capital monopolista mientras que las palancas decisivas de la economía, habrán de pasar «a manos de la sociedad», esto es, del bloque histórico compuesto por las fuerzas del trabajo manual e intelectual (pág. 99), Habrá, en cambio, producción de plusvalía y apropiación privada de una parte de ésta garantizada por la existencia de un sistema mixto de formas de propiedad pública y privada, en el que la posición dominante del sector público y la hegemonía política del bloque social en ascenso asegurarán la marcha progresiva hacia la igualdad, y el socialismo, hacia la sociedad sin clases (págs. 103-104). Un poder estatal, pues, cuya esencia no es ya dominación del capital monopolista pero tampoco, a lo que parece, la dominación de los trabajadores manuales e intelectuales; un poder estatal, en definitiva, cuyos bene-



ficiarios serán los trabajadores (y secundariamente los pequeños propietarios) sin que se sepa quién habrá arrebatado el poder a la gran burguesía ni a través de qué medios.

Paradójicamente esa etapa intermedia, anterior al socialismo, que en el caso ruso y otros se justificaba por el hecho de que el auge de la lucha de clases se había adelantado allí a la suficiente maduración de la base material de la sociedad, al suficiente desarrollo de las fuerzas productivas, esa misma etapa intermedia —repetimos— se justifica ahora para el caso de aquellos países en los que hay, por así decirlo, un exceso en el desarrollo de las fuerzas productivas en el seno del capitalismo, por la necesidad de preservar al máximo las fuerzas productivas (¡indiscriminadamente!), los servicios sociales ya creados, así como por el reconocimiento del papel que en esa etapa ha de jugar la iniciativa privada. Es decir: cuando el socialismo se apunta ya en tantas de las contradicciones de las sociedades capitalistas avanzadas y cuando en la misma plétora del crecimiento industrial desordenado, característico de esos estados, se esboza la necesidad de transformar radicalmente el modelo de crecimiento dando primacía al hombre, a la humanidad, para evitar la barbarie, precisamente en esas circunstancias, tan alejadas de las realidades rusas o chinas prerrevolucionarias, parece volver a hacerse inevitable la etapa mediadora anterior al socialismo.

Para explicar esa contradicción necesaria (en el caso de que realmente lo sea) resulta más verdadero y probablemente también más efectivo para el futuro desarrollo de la conciencia de las clases trabajadoras de la Europa occidental el argumento que pone en primer plano la disyuntiva antes citada (*o* transformación del aparato militar en un sentido democrático sin guerra *o* resignarse eternamente a aceptar

el *status quo* actual»), e incluso la aparente *boutade* de que «nos ha hecho demócratas (formales) la bomba atómica», que la elaboración de modelos alternativos claramente utópicos como el de la democracia política y económica.

Pues a esa etapa, para la cual se asegura abiertamente el pluralismo ideológico y político, la profundización de la democracia y de las libertades, la neutralidad ideológica del estado, no se sabe, en cambio, muy bien cómo llegar ni a través de qué medios superarla, ya que, por una parte, parece descartarse la violencia revolucionaria (pág. 167 y ss., pero también en muchas otras) y, por otra, se sigue admitiendo que tal vez en un momento dado «sea necesario reducir *por la fuerza* resistencias de fuerza» (pág. 98). En esa oscilación no es de extrañar que el discurso de S. C. sobre el «papel de la violencia en la historia» quede hasta sintácticamente inconcluso, de modo que el lector espera en vano las segundas y las terceras razones para explicar por qué no es cierto que estemos volviendo a la social democracia.<sup>4</sup> Ni tampoco sorprende el que al abordar el tema de la dictadura del proletariado S. C., después de ratificar el abandono de ese concepto, eluda el asunto de la actualidad del mismo exponiendo (por lo general, con justicia) las ideas de Marx, Engels y Lenin al respecto o deslizándose una vez más hacia la crítica (también por lo general acertada) de lo que parecía ser, y no es, la dictadura

---

<sup>4</sup> El párrafo en cuestión empieza así: “¡No estamos volviendo a la social-democracia! *En primer lugar* porque no descartamos de ninguna manera la posibilidad de llegar al poder revolucionariamente, si las clases dominantes cierran los caminos y se produce una coyuntura en que esa vía sea posible...” El hilo de razonamiento queda roto luego por la introducción de varias citas históricas (cf. pp. 168-173)

del proletariado en la URSS.

Sin duda, S. C. tiene razón al explicar la degradación del inicial estado obrero soviético como una consecuencia del factor no previsto en la teoría: la necesidad de la acumulación «socialista» originaria, indispensable en aquél para montar la moderna producción. Pero ésa es sólo una parte de la cuestión relativa a la sustancia, a la naturaleza, del estado socialista que habrá de reemplazar transitoriamente, superándolo, al estado burgués. La otra parte de la cuestión no se resuelve meramente subrayando (pág. 189) que «carece de todo valor científico» el alegato de que no hay todavía ni un solo ejemplo de hegemonía de los trabajadores sin alterar las reglas de la democracia (formal). Pues si por «valor científico» se entiende ahí la mayor o menor plausibilidad de una vía, de una estrategia, no hay más remedio que reconocer que la ciencia (en este caso el conocimiento de la historia y de las realidades socioeconómicas presentes) hace más plausible la conclusión de quienes afirman la inviabilidad del camino pacífico, «democrático» y ordenado al socialismo, que las aseveraciones de sus contradictores: revoluciones *por la fuerza* hasta ahora ha habido algunas y han fracasado otras; revoluciones *sin la fuerza* hasta ahora han fracasado todas.

Cierto que la historia pasada no lo ha dicho todo, cierto que, como dice el propio S. C., es propio de dogmáticos y conservadores el creer que las cosas serán siempre igual. Cierto también que ni siquiera el propio Lenin descartó la posibilidad *teórica* de la vía pacífica al socialismo (aunque ponía tales condiciones para esa posibilidad teórica que la convertían casi en una imposibilidad *práctica*). Pero ahí está la lección de Chile, que no es la Alemania del socialdemócrata Kautsky ni la Austria del socialdemócrata Bauer, sino historia reciente, presente, y de la cual S. C., sintomática-

mente, no se ocupa.

Así, pues, la otra parte de la cuestión relativa al estado alternativo exige, por ejemplo, responder aunque sea en esbozo —y sin caer, por cierto en la utopía detallista del que cree que todo proceso revolucionario puede ser planificado— a preguntas como las siguientes, que se hace el trabajador en la calle y en la fábrica: sin la utilización de medidas despóticas, clasistas, sin la utilización de aquellas medidas en las que prefiguraba Marx la dictadura del proletariado o la conquista de la democracia, ¿cómo va imponer la Unión de la Izquierda en Francia —si gana las elecciones del 78— un plan de austeridad económica orientado a favor de los trabajadores y contradictorio con los intereses de los explotadores seculares? ¿Cómo, sin medidas restrictivas de la libertad real de la gran burguesía, va a frenar el previsible sabotaje y la desestabilización creciente de la política económica alternativa? ¿Cómo, sin un cierto poder político de excepción, va a impedir la constante sangría de capitales desatada ya al solo anuncio de las nacionalizaciones? ¿Cómo democratizar y modernizar las fuerzas armadas cuando los resortes centrales de las mismas escapan la mayor parte de las veces a las propias burguesías nacionales para pasar a depender de las más sutiles maniobras del Pentágono norteamericano? ¿Cómo, sin ese tipo de medidas, evitar el pagar a corto plazo el enorme desgaste que representará el cargar con las consecuencias de una crisis como la actual entre el doble fuego del sabotaje de los explotadores y la presión de los cientos de miles de trabajadores en paro?

Tales son las preguntas que se hacen muchos trabajadores, muchos militantes revolucionarios. Con ellas no se trata, naturalmente, de pedir garantías a nadie sobre la realizabilidad de la vía «democrática» y pacífica al socialismo,

exigencia que tanto obsesiona a los intelectuales puristas de dentro y de fuera del movimiento comunista, los cuales desearían un proceso de transformación social aseadillo, sin traumas y, a ser posible, con un documento notarial en el que las direcciones revolucionarias hicieran constar por escrito que, de no salir la operación de acuerdo con lo previsto, se les devolverá un tanto proporcional al desgaste de sus nervios.

No, no se trata de eso, sino simplemente de plantear problemas de cuya resolución depende en gran parte el futuro próximo de la izquierda revolucionaria en Europa.

*Barcelona, 25 de mayo de 1977.*

